« ce caso de ellas, juzgan que tienen razon los que así lo hacen; « si las recargan de ocupaciones, trabajan con gusto; y por dificil « que sea una cosa, luego que se les manda, se aplican á ella con « gusto, confiando en la virtud de la santa obediencia. Las ten- « taciones que les ocurren solo sirven de confirmarlas mas en la « humildad, y de proporcionarles la victoria contra el demonio de « la soberbia, que jamas hace treguas con nosotros mientras esta- « mos en esta vida, y acomete aun á los santos mientras viven en « el mundo..... ¡Ah! el deseo de ser estimados, ¿qué otra cosa « es sino querer ser tratados de muy distinta manera que lo fué el « Hijo de Dios? ¿Qué plaza quiso pasar en el espíritu del pueblo? « La de sedicioso, insensato y pecador; y en tanto grado, que per- « mitió que un Barrabás, un bandolero, un asesino, un hombre « malvado le fuese preferido. ¡O Salvador mio! ¡Cómo confun- « dirá vuestra santa humildad en el dia del juicio á los pecadores « como yo! Tengamos esto muy presente, vosotros con especia- « lidad que vais á hacer misiones. Suele suceder, y no pocas ve- « ces, que un pueblo se sienta tan conmovido de lo que ha oido, « que todos se deshagan en lágrimas; y tambien suele suceder « que, pasando mas adelante, lleguen á proferir estas espresiones: « *Bienaventurado el vientre en que estuvisteis, y bienaventurados los* « *pechos que os dieron de mamar.* [1] Muchas veces hemos oido seme- « jantes espresiones. La naturaleza que las escucha logra satis- « faccion, engendra vanidad, y se va alimentando con ellas. Si « no reprimimos estas vanas complacencias; si no buscamos úni- « camente la gloria de Dios; sí, señores, únicamente la gloria de « Dios y la salud de las almas; si no lo hacemos así, nos predi- « caremos á nosotros mismos y no á Jesucristo. Un predicador « que predica por ser aplaudido, alabado y estimado, y porque « se hable de él, ¿qué otra cosa hace mas que un sacrilegio? ¿Pues « qué es sino un sacrilegio el valerse de la palabra de Dios y de « las cosas divinas para adquirir honor y fama? ¡O Dios mio! « conceded á esta pobre y pequeña Congregacion la gracia de que « ninguno de sus miembros caiga en semejante infelicidad. Creed- « me, señores: nunca seremos á propósito para la obra de Dios, « mientras no tengamos una profunda humildad y un absoluto « desprecio de nosotros mismos."

1 S. Luc. cap. 11. v. 27.

La soberbia, en doctrina de Vicente, es la que pierde á los mas grandes talentos, como perdió á los ángeles; y la ciencia sin humildad en todos tiempos ha sido perniciosa para la Iglesia. Nuestro Santo deseaba que todos los eclesiásticos de su Congregacion tuviesen tanta ciencia como Santo Tomás, con tal que fueran tan humildes como este Santo Doctor. Persuadia á los jóvenes estudiantes á que amasen esta escelente virtud, y no podia sufrir que quisiesen pasar plaza de mas sabios: una tesis defendida con lucimiento no le servia de tanto consuelo, como le afligia el parecerle que advertia en el sustentante alguna sombra de vanidad. Para desarraigar este vicio tan natural en los principiantes, decia que el menor de todos los demonios se esplica mejor que los mayores filósofos y mas profundos teólogos; que Dios para perfeccionar su obra no necesita del ministerio de los sabios, á quienes desprecia cuando son soberbios; que prefiere á ellos los idiotas, y aun las mugeres, como lo ha hecho en estos últimos tiempos para reformar una órden célebre en la Iglesia. Nuestro Santo seguia en gran parte este método en su gobierno: aunque advirtiese en algunos de sus hijos muchos talentos naturales ó adquiridos, nunca les confiaba empleos de importancia, á no ver en ellos un suficiente fondo de humildad. Era de dictámen, que sin esta virtud capital no se puede hacer mas que ruido, pero no fruto, porque la gracia de la buena conducta está vinculada en ella, y sin esta gracia camina el hombre á su ruina.

Habiendo padecido Vicente una gravísima enfermedad en Richelieu, la duquesa de Aiguillon le envió un coche pequeño con dos caballos y un cochero para que le llevasen á Paris. Como la duquesa sabia su aversion á todo lo que tenia visos de fausto, habia mandado hacer el coche lo mas sencillo que pudiera ser. El estado de debilidad en que se hallaba, y las órdenes de la reina que necesitaba de su persona, le obligaron á valerse de él hasta Paris; pero luego que llegó á esta ciudad, envió el coche y todo el equipage á la duquesa, dándole mil gracias. Esta piadosa señora se lo volvió á enviar todo, suplicándole reparase en la necesidad que tenia, y que se sirviese de ello; pero este hombre, constantemente humilde, se negó segunda vez á recibirlo, protestando que si la hinchazon y debilidad de las piernas se le aumentase de

modo que no le permitiese andar á pie ni á caballo, estaba resuelto á no volver á salir de S. Lázaro, antes que permitir que le llevasen en coche. Esta disputa, que por una parte se fundaba en la caridad y por otra en la humildad, duró algunas semanas. Finalmente, la duquesa de Aiguillon habló á la reina y al arzobispo de Paris, y ambos mandaron á nuestro Santo que en adelante anduviese en coche. Obedeció, pero con grande confusion: llamaba á su coche *su vergüenza y su ignominia.* Cierto dia que habia ido á visitar á algunos sacerdotes del Oratorio, habiendo bajado cuatro de estos acompañándole hasta la puerta, les dijo: *Vean ustedes, padres mios: yo que soy hijo de un pobre aldeano, me atrevo á andar en coche.* Este y todo el equipage, luego que fué propio del Santo, servia para todos, y cuidaba tan poco de que sus caballos tuviesen lucimiento, que cuando no salia de casa los hacia poner al arado. Este corto socorro le puso en estado de poder hacer servicios muy importantes á la Iglesia y al estado en mas de diez años que vivió despues.

CAPITULO XII.

Continúa la misma materia.

No pudiendo reducir á una breve relacion la dilatada historia de los actos de humildad que en el discurso de su vida ejerció este gran siervo de Dios, nos limitaremos á continuar refiriendo los que creemos serán de mayor edificacion para el lector.

Es dificil decir en qué circunstancias brilló mas la grande humildad de Vicente, si cuando lo rodeaban las alabanzas á sus virtudes, ó cuando la maldad le prodigaba poco merecidas injurias. Recibia un agravio con la misma alegría que pudiera el mas ambicioso recibir una honra: jamas se quejó de las ofensas que le hicieron, ni quiso dar satisfaccion por las calumnias y falsos testimonios que le levantaron; ni el amor á su Congregacion fué bastante á que justificase su modo de obrar cuando el odio pretendia oscurecer su resplandor; al que le injuriaba ó con palabras ó con obras, correspondia con pedirle perdon de rodillas. De todo darán testimonio los casos siguientes.

Uno de los mas principales del parlamento de Paris dijo un dia públicamente, que los misioneros de S. Lázaro se habian entibiado mucho en el ejercicio de las misiones, y que ya eran muy pocas las que hacian. Dáse siempre gran crédito á las palabras de un poderoso, y así para perderle con el mundo, basta que salga la calumnia de la boca de un soberano. Llegó á oidos de Vicente lo que de él y de su Congregacion se publicaba; y aunque podia fácilmente con la verdad desmentir aquella voz, pues en aquel mismo año y en el precedente se habian hecho mas misiones de las que ordinariamente se hacian, no quiso dar satisfaccion alguna, ni defender los sudores de su tierna planta; antes á uno que le aconsejaba el que lo hiciese, y que procurase desengañar á aquel personage, porque mal informado podia seguir hablando mal de la Congregacion, le respondió: *Dejémosle hacer; yo por mi parte jamas me justificaré sino con las obras.* Sabia bien que estas acompañadas de la paciencia, son las mas seguras armas para triunfar de los asaltos de la malicia.

Un prelado principalísimo le dió órden de que tuviese en su casa por algun tiempo á un zeloso religioso que trazaba una reforma en su religion, y que para empresa tan santa le diese su asistencia. Obedeció el siervo de Dios con sencillez, sin reparar en los inconvenientes que podian nacer recibiendo á aquel religioso, á quien dió los consejos que le parecieron mas oportunos para el dichoso fin de sus buenos intentos. Pasados algunos dias, acudieron al mismo prelado otros religiosos á quienes no agradaba la reforma, quejándose de Vicente y del que la pretendia, como de hombres que deseaban introducir novedades: que de este título se valen algunos para poner impedimento á las cosas del servicio divino. No se acordaba ya el referido prelado de que todo lo obrado por Vicente habia sido por órden suya, y dando oidos á aquella queja, le hizo llamar, y en presencia de los mismos religiosos le reprendió ásperamente, sin que el venerable sacerdote le respondiese ni volviese por su inocencia, padeciendo tan sin causa. Pero el Señor que tanto mira por la honra de los suyos, defendió la reputacion de su siervo, castigando al prelado con el recuerdo de lo que habia pasado, que le fué de no poco sentimiento, al considerar que tan sin razon habia reprendido al que solo en haberle obedecido era culpable: servíale de mayor confusion